

Las tres caras de Dios. Las manos

El Farol, 229. zk., 1969-07/09.

Quietas, que se veían amansadas, casi secas, sino que estaban palpitando por dentro: asustadas; a aquellas manos les estaba temblando el alma; y, sin embargo las manos estaban quietas; esta domadura del cuerpo desde las honduras más misteriosas, desde el aliento mismo de Dios, que es el ánima, era una disciplina de siglos, secula seculorum, pasándose los tormentos de unas manos a otras en un martirio secreto, de catacumbas o de cavernas; y ahora, en la edad de comer el pan de los niños, asomaba de entre estas manos blancas con ríos azulosos, sin arrugas, unas simples hojas de papel manchadas de tinta; máculas viejas, de cuando Adán: "la mujer que me diste de compañera me dio de él y comí"... "maldita serás entre todos los ganados, y entre todas las bestias del campo, y comerás el polvo todo el tiempo de tu vida"; de cuando Caín conoció a la mujer, que concibió y parió a Enoc; de cuando Abraham, a quien le he dicho: "circuncidarás la carne de vuestro prepucio"; de cuando David tomó más concubinas y mujeres en Jerusalem; de cuando en los salmos se acordaron con horror de la carne; de cuando los profetas "violaron a las mujeres en Sión y a las vírgenes en las ciudades de Judá" en sus lamentaciones; de cuando el Cristo mismo dice que el espíritu está pronto pero la carne es flaca; de cuando sus apóstoles hablaron de fornicación y de adulterio; de cuando César Borgia arrastró su cuerpo de culebra por el Vaticano durante el papazgo de su padre Alejandro VI; y que ahora le llegaban unos simples papeles sucios de tinta y ya surgían aquellos miedos de novicio; estaba el Cristo colgado de los maderos mirándolo, y viéndolo a él por dentro; midiéndolo; pero sin decir nada, quieto, porque eso era cosa del hombre; y no podía vaciar él la inmundicia a los pies del Redentor; El no era un vertedero; y ya había dicho una vez a los pastores: "vosotros coméis sus grosuras, os vestís de su lana, matáis lo que engorda, no apacentáis las ovejas"; ¿qué hace entonces con estos papales y esta tinta sin alma, y por qué se lo traen, por qué tienen a robarle la paz a él, que la necesita toda para otras cosas?; para repartirla entre el pueblo, porque la paz es muy escasa, y debe obrar como levadura: "¡ah de los pastores de Israel que se apacientan a sí mismos!"; para darla, como se reparte el queso fresco y el pan ázimo entre los pastores cuando llegan a paso nuevo, que es cuando se puede escuchar crecer la hierba y se le puede oler el zumo que le sube silenciosamente por los vasos diminutos, tiempo de ver a Dios, y también cuando se refugian los rebaños en los apriscos durante el invierno de agua y de nieve y de piedra, porque se encienden los relámpagos y revientan como tambores del Juicio los truenos, y a veces se pierden del susto los corderos y las ovejas, y así comparte el pan y el queso fresco con los demás pastores, porque él es el mayoral que conduce los rebaños a través de las estaciones arreándolos con las voces y con los silbidos y con los dóciles azuzones de los perros por los arcos iris y por los blancos manteles de rocío en primavera y envuelto en los tibios ventarrones del otoño, mientras el pasto va engordando aquí y allá con el agua y el sol, y que alguna vez

se da en brotes tiernos después de las quemadas en las sabanas porque no todo fuego es malo, y que es cuando huele el humo a frijoles y a pan de trigo, aunque otras veces hiede a azufre, que es el tiempo de quemarse los corderos de leche en los incendios sin dueño, y se puede decir entonces, y se dice verdad: "y así andan perdidas mis ovejas por falta de pasto, siendo presas de todas las fieras del campo así ha sido, así es, y ojalá no sea así después; no será así en lo que le alcance, que es pastor que tiene por mandato sembrar la vida en actos de bondad; de esa agua de que están tan secos los cristianos; y tiene que volar a como salgan, pero vivos, los actos de amor; y Dios y el Cristo y la Virgen y el Sople Divino le han venido auxiliando siempre con su presencia o su inspiración, que comenzó por el cordero: "Yavé dijo a Moisés y Arón en la tierra de Egipto, este mes será para nosotros el comienzo de año, el mes primero del año, hablad a toda la asamblea de Israel y decidle, el día diez de este mes tome cada uno según las casas paternas una res menor para casa, las res será sin defecto, macho, prima cordero o cabrito, lo reservaréis hasta el día catorce de este mes y todo Israel lo inmolará entre dos luces"; y que con el tiempo, y los sueños, y la fe, se preparó el sacrificio: "cuando Jesús había terminado estos discursos dijo a sus discípulos, "sabéis que dentro de dos días es la Pascua y el hijo del hombre será entregado para que lo crucifiquen"; y que luego se cumplió el Verbo, porque "desde la hora de nona, y sabiendo Jesús que todo estaba ya consumado, para que se cumpliera la Escritura dijo: 'tengo sed', 'todo está acabado e inclinando la cabeza entregó el espíritu, y la cortina del cielo se rasgó de arriba abajo en dos partes"; y luego, poco a poco, a la manera como ha hecho Dios las montañas y el petróleo y al hombre mismo, en un quehacer lento, sin horas, llegó el tiempo de ordenar el Sople, y vinieron Constantino y Carlomagno, y las desavenencias de Oriente, la caída del Imperio, la prepotencia y la arrogancia medieval, el regreso humilde de los pastores al convento, el código de las Escrituras y los decretos papales y la tradición, las disputas de si el Sursum Corda está aquí o allá, y llegó la revisión papal, el humanismo de Dios y la autoridad del Padre, la reforma, la contra-revolución y los hijos de Iñigo, y se alcanzó el despertar nuevo, y se reanudó entre las dos Guerras la vieja lucha contra los apetitos, porque la carne es de todos los tiempos, y ya no se sabe si podrá ser vencida (¡perdóname, Dios Mío!), y porque cuando tú, pastor, no puedes vencer al lobo hazte su amigo, únete a él, porque la vida de Dios es de siempre, y así será la de Su Iglesia; "fueron unos insensatos los pastores, y no buscaron a Yavé, por eso no prosperaron, y todos los rebaños han sido dispersados" ¡a su edad, y desarmado otra vez!; después de siglos de oración, de jaculatorias, de invocaciones, de votos, de ofrendas, ¡de Misas!, de cirios, de aceites, de oblaciones, de sufragios, de ayunos, de disciplinas, de milagros, y de homilias, de ejercicios, de misiones y de sermones desde todas las cumbres del poder de Dios y el hombre, después de tantas confesiones y de tantas agonías, ahora, después de dos mil años, le llega aquella cima de pastor grande, de mayoral, olores a incienso a purpurina y a esperma, aquella simple mancha de tinta, y le hunde este hierro en la carne, y le despierta esta vieja brasa escondida en la sangre; son estas piernas cruzadas, estas redondeces de los pechos, de los hombros, de las nalgas, que ya no deberían decirle más que la pierna de un cordero de leche muerto, más que una mano grande y ruda de pastor, pero que no, que le están resucitando de pronto aquel muerto dentro; de cuando era todavía un muchachito y estaba de vacaciones donde su abuelo José Rafael, que era

un viejo largo, huesudo, y como el pan de bueno, y él le contaba antes de acostarse, ¡olor a chamizas quemadas de pan de horno recién cocido!, sus cuentos de animales, y estaba también la tía Marta, que era otra santa, pero que estaba pegada a una silla por que se le estaban, decían, secando las piernas; el abuelo la acostaba en las noches y la levantaba por las mañanas para que Auxiliadora, que estaba recogida en la casa, la lavara y la peinara; vivían los tres; y una noche se despertó él por el calor, y no dijo nada sino que se levantó a la luz de aquella luna que le entraba a la casa por todo el patio, y llegó silenciosamente hasta la cocina, abrió la jaula del tinajero, hundió despaciosamente el remillón dentro, cogió su poquita de agua, y ya se la estaba bebiendo cuando oyó un crujido, como una silla que se está reventando por algún peso, y luego escuchó que conversaban como en suspiros y se asustó, porque serían ladrones, pero se fue acercando-acercando a los ruidos de hormiga temblando, buscando la defensa del abuelo, y pasó por la habitación de la abuela, que allá no era, nada, y por el corredor hasta el chinchorro del abuelo, y el chinchorro quieto, ¡y vacío!, y llegó hasta el fondo, que es de donde seguían viniendo los rumores y los chirridos, y asomó apenas la cabeza buscando la protección del abuelo, y lo vio, hincadas sus piernas de hueso sobre la cama de hierro y sobre las nalgas redondas de Auxiliadora, que a la luz de la luna se veían blancas, pero que él sabía que eran morenas; ¡se asustó mucho!; y no dijo nada, sino que corrió a su cama; a no dormir; ¿quién podía dormir con su abuelo José Rafael y Auxiliadora abrazados desnudos en su cabeza?; y los estuvo pensando en el infierno; en cueros; llorando entre aquellas enormes lenguas de fuego rojas, moradas, amarillas, que ascendían enfurecidas hasta mucho más arriba que sus cabezas; y su abuelita sentada en su silla, viéndolos, vigilándolos, sin decir nada; y Dios, un solo ojo enorme, ciclópeo, dentro de un triángulo, como en la cubierta del catecismo, mirando desde todas partes; "¡oh, si me escondieras en el sol y allá me ocultaras hasta que aplacase tu ira!", y él al lado de su abuela, chupándose un enorme caramelo blanco y azul, como eran las ropas flotantes de los ángeles, que parecían todos mujeres, y que surgían y desaparecían como magia entre las nubes blancas y entre unos cerros de azúcar y árboles de algodón, y los santos paseándose calmosamente por todo aquel cielo alumbrado de purito oro vivo, y él hablando con la abuelita, y con sus padres; y todos mirando de vez en cuando, complacidos, el fuego, porque los que se estaban quemando no eran ellos y así se fue la noche, mitad despierto en su cama, mitad dormido en el cielo, muerto del susto; "mira desde tu santa morada, desde los cielos, y he visto sentado a Yavé sobre su trono y rodeado de todo el ejército de los cielos"; y al día siguiente volvió a la casa de sus padres, porque su abuelo no tuvo más remedio que regresarlo; así le está llegando ahora el cuerpo como diablo nuevo, y no luzbel viejo, aquel antiguo temblor del corazón, y de la mano, pero que él no podía dominar a voluntad, porque estaba dedicado a la ciencia, ¡y no al arte!, de la virtud, que es la ciencia inmortal de acostarse frente al redil, sobre la hierba, cuando ya no queda sol en el cielo, y entonces, con la alegría de sentir la suave piel de oveja en la carne tranquila y tibia del cuerpo, ver las estrellas de frente y contarlas una a una en miles y miles, hasta las más escondidas, pacientemente, durante sus largas y lentas ruedas en el firmamento, y señalarles con el cayado sus rumbos, y desprender algunas por puro juego y dejarlas caer en el mar para que tengan luceros los peces, y despertar al viento en sus abrigos y ponerlo a silbar en los aleros para que se duerman

los niños, y acostarlo después en las montañas y en el mar, que es de donde viene, y encender algunas guerras inevitables, nombrar los muertos necesarios para el ejemplo, y velar las armas y llorar a las víctimas de los dos bandos, y sembrar viudas y huérfanos, porque los caminos que conducen a Dios son tan numerosos como los alientos del hombre, y hacer luego, antes de que se despierte el sol, que vaya bajando mansamente el rocío que apaga la sed de las flores, y que se levanten las nubes a tiempo de ver salir al sol que hace germinar la semilla con sólo pudrirla, que este es el misterio de la Vida, ya que todo eso es necesario, porque "es preciso dar la vida a fin de encontrar la vida", y que el sol vaya calentando hacia el mediodía una liviana carga de aire sobre los párpados de los gañanes para la siesta, todo eso; y no sólo para él y sus pastores, sino para enseñar el camino de la resignación y del reposo a los corderos, y a las ovejas, y hasta a los cabritos y los cabrones; todos paciendo en el mismo valle; "haz el favor de decirme dónde estás apacentando"; y que cada uno se siente sólo, aunque esté la madre con su hijo, aunque sean hermanos de huevo, porque cada uno se mira solitario y desamparado frente al espejo de Dios, o de Su pastor; y si el cordero se ve asustado, se asusta; y si se ve tranquilo se tranquiliza y ya es eso, que ya no es su propia suerte, que es una y es suya y de nadie más que de Aquel que es dueño de todo, sino que además, es el fardo aterrador de la suerte de los demás, un Cristo en pequeño; y que, por otra parte, son ellos. ¡Dios es inmenso!, que son ellos, los corderos, los que están ayudando con sus debilidades al pastor y al mayoral (¡alguna forma más sublime de ayudar!) a ser fuertes, a perseverar erguidos en aquel espantoso temporal de la carne así como con las pocas flaquezas de Juan XXIII, el Papa bueno, y no sus muchísimas virtudes, como parecería, las que reconfortan mejor su alma; y luego le traen al pastor estos papeles para que levante el dedo y diga si hay culpa en los corderos, y, si la hay, cuánta culpa hay en eso, en llevar a la casa del Señor, del Pastor, esos papeles que relatan la historia del envilecimiento del hombre, seguros de que a él ya no le tienta la carne; ¿hasta dónde habrán podido turbar el sueño al Padre Anselmo, que es un pastor muy escrupuloso, estos infiernos que escondía el monaguillo detrás del Sagrario?; no lo podía saber nadie en este mundo que no fuese el Padre Anselmo mismo, y su confesor, que es como si no lo supiese; y ya era media noche, y allá estaba él todavía frente a la infinita paciencia del Cristo, el Unai, el Buen Pastor; que conoce todos sus secretos, de miedo de enfrentarse a la soledad del lecho, midiéndose frente a los monigotes de tinta como un enano; un eunuco, mejor; ya que nunca sabrá lo que es mujer por dentro; ni lo que es querer a un hijo de su carne, que es a lo que ha llegado después de siglos de docilidad, de obediencia y de cilicio, el Cristo conoce bien al aguijón de las tentaciones, porque las tuvo, como Hombre que fue, y las sufrió; y las venció; como las había ido pisando él mismo, simple pastor, como quien revienta huevos de culebra; no sin dolor, no sin ayuda de la oración, y de la Gracia, y también (porque Dios hace todo a través del hombre y de las cosas) del agua fría, de cilicios escondidos que sólo el Dios que se deja colgar por amor de aquella cruz y él conocen, y no sin el precio de agonías largas, de escrúpulos insistentes, testarudos, obsesionantes, pecaminosos, dos veces nacidos de los huevos que escapan a la vigilia, culebras que crecen y se deslizan por el pecho y se enroscan en la garganta, apretando, estrangulando...; hubo un tiempo en que le daba miedo sentarse en el confesionario, olor a madera y a sebo, porque allá había llegado el diablo. ¡Dios mío, como lo permites!,

en forma de una viuda que la conocía de tiempo, de cuando era estudiante, y que eran cuando a ella le nacieron los hijos, y ya aquellos hijos eran hombres; y ella llegaba y le decía a través de la celosía, y en confesión sacramental, sus pecados, y le hablaba de sus sueños, y de él, ¡de él mismo enredado en los horribles pecados oníricos de la mujer!; y la consolaba con palabras, como podía, porque esa era lo único que podía; pero todo aquel sosiego del confesionario, que es un asiento con dos tableros y una compuerta, pero que es también, y sobre todo, por fuerza del espíritu, un recinto sagrado, se le derramaba luego por la casa y por la calle en la forma de una agrio hedor a azufre; y le parecía que tenía que olérselo todo el mundo, presentía la hediondez él mismo al acostarse, como si fuese de otro, porque ya no estaba solo, sino con su conciencia; y tuvo que dejar de visitar la casa de la viuda, donde lo invitaba a las reuniones piadosas; dejó por un tiempo de mirarse en aquellos ojos de miel; sin embargo seguían presentándose en la forma de una sugestión brumosa constante, interminable, y llegó hasta a soñar un día que estaba sufriendo un castigo por eso, por sólo dejar a la mujer a su cabeza cuando estaba desguarnecida, en sus sueños, y se encontró ya no en el infierno de las enormes lenguas de fuego, sino en un desierto de piedras, sin nadie a quien contarle aquel agobio, sin nadie a quien pasarle el dolor de aquella solicitud, que es el castigo terrible del descreído; "vanos son por naturaleza todos los hombres que carecen del conocimiento de Dios, y no son excusables, porque si pueden alcanzar santa ciencia, y son capaces de investigar el universo, ¿cómo no conocen más fácilmente al Señor de él?"; y aquella mujer que ya no es de este lodo, y que por eso la juzga en la paz, no fue mala por dejarse tentar por el amor hacia un hombre, aunque ese hombre estuviese dedicado a Dios, como él; sino que era esa fuerza incorruptible del pecado que le había zarandeado, como a él mismo ahora a pesar de las oraciones, de la palabra y del cilicio; y si la tuviese que juzgar él en el Tribunal, sería capaz de comprender que aquel calor de la sangre no había sido obra de ella, sino de ese rejo misterioso que hiere y atropella al hombre por gargantas y pasadizos indescritibles, escurriéndolo por entre los desfiladeros y los cauces secos y los tubos de cloaca, en los que resuenan como en un órgano apocalíptico los gruñidos, los alaridos, las alegrías, las lamentaciones, los gritos, las oraciones, los gustazos, las torpezas, los desengaños, las soledades, las frustraciones y los abortos, todo eso sonando y resonando como espanto en los reventaderos del mundo desde siempre, y más, porque la Vida es muy fecunda, pero que son empellones de la sangre que no se pueden matar, porque la muerte, aún la muerte de los impulsos que llegan con su animal dentro, es contraria a la predestinación de esta vida que alguna vez, en alguna parte, de alguna manera encendió El para que siguiera propagándose como un calor tierno que debe seguir vivo por tiempos y tiempos, hasta que vaya apagándose por designio Suyo en alguna parte desconcordia de este universo que nadie, ni los más grandes científicos modernos, puede imaginarse siquiera cómo es, hasta dónde llega, para qué existe; por eso es que él cree que no por haberle puesto la vida de su cuerpo al borde de esta tentación condenaría a la mujer al infierno del Dante, el genio solitario que con la mirada en la tierra y las estrellas a la vez organizó aquel sistema cósmico desorbitado por un destino trágico; ni siquiera el infierno terrible de la soledad y el silencio, "y déjame ver un poco de alegría antes de que me vaya para no volver, a la región de las tinieblas y de las sombras de la muerte, tierra de espantosa confusión,

tinieblas, noche oscura"; y si él, que no es más que un hombre imperfecto, es capaz de sentir compasión, y hasta ternura, y tiene oído para escuchar la voz de la rectitud con entrañas de madre, que es la verdadera justicia, ¿cómo no va a sentirla Dios, el Creador mismo?; y si un simple pastor, aunque haya sido ungido mayoral, es capaz de juzgar el pecado de las ovejas y de los rebaños, y hasta de los pastores, con esta indulgencia, con esta comprensión íntima de que no hay pecado en sí mismo, en ser el amor mismo como es, impulsivo, caliente, ciego, sino más bien en el dolor que esa ceguera, ese calor y esa impetuosidad arrastran consigo, como azolve de tempestad, y va dejando hijos abandonados, maridos inválidos, madres solas, en esa proyección de la ceguera del hombre en el mundo que se está construyendo a espaldas de Dios con tanto trabajo, con tanto dolor, y con tanta ilusión de hacerlo completo en sí mismo, sin Alguien que está cerca siempre, sin nadie que ponga una orilla al sueño, sin nadie que le señale un destino a la muerte, sin nadie que le rescate de su aborto al hombre, al de hoy y también al que va a haberse enloquecido el último sorbo de aire que ha de quedar en la noche final sobre los costurones calcinados de esta Tierra: eso es lo que resta ya por guardar, y eso es lo que él, en Su nombre, está destinado a propagar, la voz eterna de Dios entre los hombres que no han aprendido a leer en la pared: *mene, teque, ufarsín*; ¿pero será la voz que está levantando él contra estas manchas de tinta la verdadera, la imperecedera, palabra de Dios?, porque este papel que se le ha adherido a las manos le está trayendo enristrada su reciente visita a Roma, según algunos ingenuos la Patria de Dios, que él de todas maneras creía más protegida del mal, y el mal de Roma asomaba con impudicia en todas partes: en la promiscuidad descarada de los trenes, en los desnudos que anunciaban ¡chocolate!, en el nuevo cielo alumbrado con neón de los afiches, en las piernas y hasta en los ombligos, ¡Dios mío! que es donde se viene cerrando la vida del hombre cuando nace desde hace millones de años y que exhiben ahora como el descubrimiento científico del siglo en todas partes: como si Dios, en lugar de ir aliviando prudentemente de tentaciones al hombre, se las estuviese acumulando, apilando, amontonando, haciendo, ¡pesando como plomo y más, como carne!; y así llegan luego las crisis, porque "son perros voraces, insaciables, y aún los pastores no entienden, siguen cada uno su camino, cada cual su interés"; y fue en su habitación de Roma mismo donde le llegó en sueños el cielo, que es como le ha llegado el cielo siempre; un bosque tranquilo, lleno de hombres, mirándose sin pecado; unos sentados en la grama, otros subidos a los árboles, guiñándoles las vergüenzas como frutas; como Adán antes de la culebra y él viéndose entre la humanidad preguntando por Dios y buscando con los ojos a la viuda; y le señalan el otro extremo del bosque; y él camina; y por todos lados lo mismo, los hombre y las mujeres queriéndose en paz, sin dolor y sin pena; y, por fin, ya viendo, ¡horror! más por la viuda que por El, se encuentra con Dios mismo, desnudo también, hablando con los hombres, y Lo reconoce, porque se lo dice una voz dentro, y también porque Le resplandece el cuerpo entre los demás, y tiene barba y melena, como los hippies de hoy, y en cuanto lo ve lo llama a su lado, por su nombre, y lo sienta a su diestra, sin que nadie se fije mucho en que es un lugar especial, y entonces se atreve a preguntarle que dónde estaba el infierno, ¿qué infierno? ¡qué, ¿no hay infierno?!; ¡no!, él siempre ha creído que había premio para la virtud y un castigo para el pecado; ¿qué pecado?; ¿¿tampoco hay pecado?! (¡ha perdido su tiempo!); "¡no tu tiempo está aquí!"; y

la carne?; ¿la carne de quién?; la de su abuelo; ¿la de su abuelo José Rafael?; claro; pues ese hombre no ha pecado por eso que está pensando él, por compartir su amor con Auxiliadora, que estaba sola; ¿y su abuela?; la abuela Marta ya estaba libre de pecado; entonces ¿era verdad que no había pecado?; pecado sí hay, pero pecado es abandonar a un hijo, o a un padre, a una madre con su hijo, pecado es traicionar al marido; ¿nada más?; y también es pecado, ¡y gordo! la calumnia, y comer dos veces cuando hay quien no ha comido una sola vez, y echarse a dormir cuando se sabe que hay alguien que se está quemando o que se está secando pegado a una silla o muriendo de miedo; ¿de miedo también?; de miedo también, por que hay quienes viven a costa del miedo de los demás: "no confortasteis a las flacas, no curasteis a las enfermas, no vendasteis a las heridas, no buscasteis a las perdidas, sino que las dominabais con la violencia y con la dureza, y así andan perdidas mis ovejas por falta de pastor, siendo presas de todas las fieras del campo"; ¿y qué más es pecado?; es muy simple: pecado es hacer daño con malicia; y a él, que es un sacerdote ¿cómo lo juzga?; El no juzga a nadie; ¡no!; no, ¿cómo se siente?; bien; pues esa es la señal que le hace desde el soplo mismo del alma; ¿y el infierno?; el infierno, si insiste en llamarle así, es el bosque que está a sus espaldas; ¡¿y el infierno es eso?!; sí; ¡no podía creerlo!; ¿qué es lo que le sorprende?; no, es que ve allí a la gente tranquila, sin dolor; ¡qué quiere, ¿hacerle sufrir más?!; no... y con el susto de aquella mirada del Creador se despertó; y se dice ahora que no debe ser tan severo consigo mismo, ni con los pastores que lo acompañan, ni con las ovejas, y se pregunta qué hubiese sido de él, pastor mayor de ovejas, si renuncia al agua fría, si abandona el cilicio, si descuida la oración... si consuela con la carne a la viuda; ¿qué?; Pero Dios, la Gracia, le habla por dentro, y le dice que él es un sacerdote, y que no es el hombre pelado, sino el elegido, el ungido; que él es el ungido; que él es el espejo; y que si las ovejas y los corderos se ven en él con valor, son valerosos, y que si se ven en él con justicia, serán justos, y que si se ven en él con la integridad de Dios, serán limpios; y descubre así que él, a pesar de su pequeñez, es un pastor, un camino de Dios en este mundo; como hay otros muchos caminos Suyos que no se pueden explicar con las palabras de todos los días, ni siquiera pensarlos con los sesos del hombre, y aunque será verdad que El puede salvarlo de muchas maneras, sin negarle los goces legítimos de la carne, ésta de buscar la salvación del hombre a través del amor sacrificado de los pastores que viven, en cambio, el goce de ver a Dios, es un camino que ha elegido él por providencia Suya; así sea; amén; y vuelve a mirar las imágenes impresas sobre el papel, y ya no le tiemblan por dentro las manos, sino que están enteras de alma; con su peso vivo dentro; y las deja descansar sobre su mesa, cruzadas frente al Cristo, que sigue silencioso, como si eso no fuera con El, sino con el Hombre, y el hombre se le arrodilla, reza sus oraciones, y se acuesta a dormir en paz.